

De cualquier modo

A L INFELIZ que, lleno de alcohol, de odio, de amor, de hambre o de estupidez, da una puñalada a un prójimo, estrangula a una prójima, da de tiros a un rival, despoja a un atrassado transeúnte, rapta una niña o estafa a una institución, no sabe que de su hecho, alguien, sentado tras un escritorio, sin exponerse a nada — ni a las puñaladas, ni a las estrangulaciones, ni a las balas ni a la cárcel — extraerá una ganancia, una utilidad; porque en este mundo de economía liberal hay gente que no se fija en cómo se gana el dinero; la cuestión es ganarlo, de cualquier modo que sea.

El que asesinó a la niña Bon, por ejemplo, no supo nada de eso; es más, si se le hubiera advertido, no lo habría creído. ¿Cómo es posible — se hubiera preguntado — que alguien, fríamente, vaya a ganar dinero con la sangre que en este instante voy a derramar sobre el camino Pedrero?

¡Ignorante criminal! De la sangre de aquella niña brotaron nuevas hojas periódicas, cientos de bocas vocearon el crimen por las calles de Santiago, miles de abotargados seres echaron mano al bolsillo y cientos de miles de monedas de a peso fueron a apilarse ante aquel escritorio; cientos de miles de monedas de que el autor del crimen no verá ni una (porque supongo que no estará en connivencia con ellos).

Y no es esto lo peor: lo peor es que los periódicos de esa índole llegan, con el tiempo, a tener gran ascendiente sobre cierta clase de público, y teniéndolo, pueden constituir una amenaza para la vida moral, social o política de un país; el pazguato que cree hoy en sus titulares, seguirá creyendo siempre en ellos, aunque no le hablen ya de crímenes sino que de asuntos más importantes y trascendentales; y como se trata de ganar dinero y nada más que de ganar dinero, sin que importe el cómo, ¿qué más le da al periódico afirmar la verdad o la mentira, lo moral o lo inmoral? Lo importante es que no se corte el chorro de las monedas de a peso.

Hasta hace poco, los periódicos que explotan la crónica roja no se voceaban sino en los barrios apartados, especialmente, según nuestros datos, en los alrededores de la Estación Alameda; de un salto, y gracias al asesinato de Alicia Bon, han llegado al corazón de la ciudad. El que asesinó a la dulce niña cometió, en realidad, dos crímenes: uno contra la sangre y otro contra el espíritu. Ninguno de los dos le será perdonado.

Manuel ROJAS

MEDIOS DE COMUNIC.

MERCURIO